

El padre olvidado

—Tenemos una orden de registro —comenzó a decir el agente de la brigada de investigación criminal, después de presentarse como el comisario Gallus, de la brigada de robos. Sacó un formulario del bolsillo de la chaqueta y lo tuvo delante de la cara de Jessica el tiempo suficiente para que pudiera leerlo. Luego prosiguió—: Se trata de Thomas Pollock. Tenemos vigilada la casa desde ayer por la mañana y no creemos que esté todavía escondido aquí. Pero para estar seguros tenemos que echar un vistazo. Supongo que no tendréis nada en contra...

—Ya lo creo que tenemos... —interrumpió Jessica al comisario [...] estaba desconcertada, pero lo disimulaba. ¿Por qué habría preguntado el comisario Gallus por un tal Thomas Pollock? ¿Era ahora Oliver ya tan distraído que olvidaba su propio nombre? Pero quizá se trataba de una confusión desgraciada que podía aclararse rápidamente. Sí, ésa era una explicación plausible.

Visiblemente aliviada, añadió:

—Es que aquí no hay ningún Thomas Pollock, y nosotros tampoco conocemos a nadie que se llame así. Lo siento, señor comisario Gallus. [...]

El comisario gritó inesperadamente:

—En mis 23 años de servicio jamás he oído una respuesta tan insolente ni una mentira tan palmaria. ¿Esperáis que os crea eso? ¿Pensáis realmente que en la policía no hay más que imbéciles?

La fachada de intrepidez que Jessica había mantenido con mucho esfuerzo se desmoronó como un castillo de naipes. Oliver parecía estar tan alterado como ella. Pero, en una reacción típica de su carácter imprevisible, rompió su silencio.

—Nosotros no sabemos realmente quién es ese Thomas Pollock, señor comisario —dijo en voz baja—. Tal vez se trate sólo de un olvido. ¿No puede usted ayudarnos?

—¡Niños! —resopló indignado el comisario Gallus—. Siempre queréis que se os trate como adultos y os comportáis como un bebé en su parque. Bueno, entonces vamos a llevar hasta el fin vuestro jueguito, pero

de acuerdo con mis reglas; Thomas Pollock, el hombre del que al parecer no os podéis acordáis, ese Thomas Pollock es vuestro padre. [...]

La policía se había llevado sus documentos personales, incluidas las cartas, y también la mayoría de sus prendas de vestir. En su búsqueda del ladrón Thomas Pollock había borrado completamente cualquier vestigio del hombre Thomas Pollock.

Oliver y Jessica no buscaban principalmente nuevos indicios de la existencia de su padre, que estaba ya fuera de duda. Lo que les interesaba sobre todo era averiguar cómo había podido desaparecer tan radicalmente de su memoria. [...]

Así, Jessica sugirió que podrían estar afectados por un virus que matara la memoria. En los virus de los ordenadores es normal que borren o destruyan los datos del disco duro. Oliver objetó que, al parecer, tampoco la señora Waczlawiak podía recordar a su padre: aunque no lo había reconocido abiertamente, sus respuestas evasivas a las preguntas del comisario habían sido muy elocuentes. Jessica replicó que quizá estaba afectada por el virus la casa entera, o incluso toda la Bergstrasse, o todo Berlín. Oliver puntualizó que los hombres no son ordenadores ni suelen tener discos duros. Jessica tuvo que reconocer que esa objeción no era fácilmente rebatible.

Ralf Isau, *El museo de los recuerdos robados*, SM, Madrid, pp. 7-9, 16 (El Barco de Vapor, Serie Oro, 15).

